



Lacan, psicoanálisis y la lengua en las ciencias sociales

Antonio Aguirre*

El psicoanálisis, fundado por Freud a fines del siglo XIX, tuvo inicialmente su campo de experiencia y elaboración en la clínica, particularmente en los síntomas de mujeres histéricas. Se extendió a las neurosis en general, y no dejó fuera de su incidencia aquello que desde mucho antes se llamó “locura”, vale decir, la psicosis. En resumen, el psicoanálisis surge en el contexto de la demanda de curación para síntomas que la medicina no podía ni quería atender, aún si ella, con sus dispositivos del hospital y el consultorio, continuaba dando el modelo de la aplicación y una ideología de la salud, tal como Michel Foucault lo ha mostrado en sus estudios.

Sin embargo, las definiciones que Freud hizo de la represión, la sexualidad, el inconsciente y el síntoma no tienen el sentido restringido de unas entidades psicopatológicas que, por tanto, serían sólo pertinentes al estudio y tratamiento de aquellos sujetos que un saber ya elaborado por la psiquiatría clásica ha ubicado como enfermos. El inconsciente y sus mecanismos concernían a todo sujeto humano y se relacionaba con todas sus manifestaciones, con todas sus obras, de un modo semejante a cómo un síntoma representaba un pensamiento reprimido. Freud incluso precisó el término “sublimación” para compendiar la presencia de lo inconsciente en la obra del más alto valor estético, por ejemplo, del arte en todas sus formas.

No demoró mucho, por lo dicho, para que

Freud abordara aspectos de la cultura; aspectos que además le resultaban indispensables para avanzar en la elaboración de la teoría psicoanalítica. Temas como la religión, el arte plástico, la literatura, la historia y la antropología se hicieron presentes en la obra freudiana: un texto como *El malestar en la Cultura* se ha convertido en un eje de estudio desde el psicoanálisis hacia los más variados campos de la vida social.

A partir de allí los analistas, los continuadores de Freud, retomaron el trabajo, Jacques Lacan entre ellos. En este artículo busco dirigir la atención del lector a un vector muy especial del aporte extraordinario y fundamental de este analista, un vector que él mismo colocó como uno de los tres ejes de la Escuela, en lo que llamó la tercera sección, dedicada tanto a establecer la consistencia epistémica del psicoanálisis como a ubicarlo en sus relaciones con otras disciplinas, con la ciencia más rigurosa, para asimismo definir comparativamente su particularidad ética.

La lingüística y la lingüística

La lingüística de Saussure y de Jakobson fue la referencia piloto para Lacan en su “retorno a Freud”. El estructuralismo, el vaciamiento de la cuestión de la referencia, la hegemonía del significante en su carácter puramente diferencial y sistémico en relación a otros significantes, son algunos detalles de este marco epistémico donde Lacan dio un paso audaz: ubicar al sujeto, definido simplemente por ser representado por un significante para otro significante, en una estructura sincrónica

* Psicoanalista.

ca y diacrónica, que permitía una nueva definición del inconsciente, acorde a la matriz lingüística de las ciencias humanas, diciendo que estaba “estructurado como un lenguaje”.

De los estudios antropológicos de Levi Strauss, Lacan pudo destilar su propuesta de los tres registros -simbólico, imaginario y real- como indispensables a la hora de emprender cualquier investigación sobre el fenómeno humano. Inicialmente el énfasis lacaniano estaba en lo simbólico, al cual consideraba la red misma en que se organizaba todo el mundo imaginario, dejando a lo real siempre como un mas allá, un reducto y un resto que no siendo simbolizable era un producto de la acción del significante.

Este privilegio hacia lo simbólico como referencia e instrumento clave de la teoría y la práctica del psicoanálisis no es otra cosa que la consecuencia de tener a la lingüística como la disciplina de interlocución por excelencia. Es de allí de donde Lacan, por ejemplo, extrae el recurso del matema, pues fue el pequeño algoritmo saussuriano de significante/significado el punto de partida para una producción de diversas fórmulas, esquemas y grafos, con los cuales Lacan se propuso encaminar al psicoanálisis en la ruta de una formalización, que sin tener ni la exactitud ni el recurso de la demostración experimental, pudiera asegurar una trasmisión íntegra, una base para la discusión conjetural en la comunidad de los analistas. Sin lugar a dudas se puede afirmar que esta meta fue plenamente alcanzada por Lacan: sus matemas circulan no solo en el problemático y dividido mundo de los lacanianos, sus apasionados continuadores, los herederos de su deseo, sino también en los salones de sus adversarios y enemigos, en la poderosa Asociación Internacional de Psicoanálisis, esa bailarina acomodada a lo que él llamaba “the american way”.

También cabe aquí señalar que el matema, el estructuralismo lacaniano en general, ha tenido buena recepción en el ámbito universitario por sus cualidades didácticas, memorizables, que si no demostrables son al menos dúctiles a la manipulación en la

pizarra.

Hay en ello una ironía que el mismo Lacan hizo jugar comentándola de diversas maneras: él decía que el universitario es refractario al psicoanálisis y odia la práctica analítica dado que ella implica el saber supuesto del inconsciente. En la universidad el saber no es supuesto, sino expuesto en el lugar del agente mismo del discurso, un saber que dice -parodiando una celebre frase del mismo Lacan- “Yo, el saber, hablo”, un todo-saber que se autoconcibe como crítico -en ese sentido objetivo y científico-, pero que no reconoce la parcialidad de sus intereses y su complicidad con las burocracias de todas las latitudes. Sí, aunque parezca curioso, Lacan sostenía que la Unión Soviética era el paradigma mismo de la hegemonía del discurso universitario, lo cual podemos relacionarlo con el hecho testimoniable de que toda burocracia se asienta en un “saber cómo”, basado en manuales, procedimientos, requisitos, formularios llenos de vacíos, fallas, inconsistencias y falencias donde resbalan los ingenuos, pero que no tienen misterios para el burócrata adiestrado.

Comentemos en este momento lo que Lacan reconocía en la obra de Marx: haber sido el primero en dar una definición de síntoma como “signo de lo que no anda en lo real”, aunque el mismo Marx dio un paso atrás cuando planteó buscar una reubicación del sentido en el proyecto histórico de un así llamado “proletariado” destinado a ocupar el sitio hegemónico en la sociedad. A dicho proyecto Lacan lo abordó con cierta ironía diciendo que si el capitalismo era la explotación del hombre por el hombre, el socialismo era lo contrario. Lacan dirá que para la religión, así como para el marxismo, la verdad aparece como causa final: apostar a un destino, a un desenlace final de



la dialéctica, aproxima el marxismo a la religión, específicamente a la Iglesia Católica, para la cual el sentido de toda cuestión esta prometido como una revelación final.

En el entorno de los primeros años de los setenta, Lacan recuestiona el papel de la lingüística, a la que resitúa como una elucubración del saber

que intenta asir la realidad de la lengua con el concepto de lenguaje en la perspectiva del estructuralismo saussuriano. En esta aproximación, científica por una parte, y también cara a los cánones de la universidad, queda al margen, excluida, la dimensión de lo real articulada en la palabra, o dicho de otra manera, para la lingüística estructuralista científica o universitaria –que no son lo mismo- no hay manera de dar un lugar a la cuestión del goce, del goce pulsional que

se satisface en la palabra, en el decir, y que sobre todo muestra que una lengua es un depósito de recursos para la satisfacción, siendo ingenuo y miope concebir al lenguaje como un instrumento de comunicación, de transmisión de mensajes.

El concepto de lenguaje palidece así ante lo que Lacan propone alternativamente: la lalengua, entendida como el conjunto de equívocos característicos de una lengua, que se han acumulado en una historia, como un sedimento, una escritura. La lalengua lleva en sí el efecto de la búsqueda fallida en un lenguaje de la fórmula de la adecuación de los sexos, es decir, del fracaso en encontrar el significante de la mujer que corresponda al significante masculino fálico. Hablar de la lalengua es referirse a la condición viscosa del lenguaje, al hecho de que el sentido puede variar enormemente tanto para una palabra como para una frase o todo un discurso, como lo demuestra la ironía. La

lalengua es el campo dislocado de las homofonías, de las construcciones gramaticales ambiguas y de esas construcciones que por siglos confundieron a todo tipo de sabiduría, las paradojas. Lacan cree que aquí se necesita una nueva disciplina, que se denominaría “linguistería”.

Interpretación, construcción y conjeturación

La interpretación es la vía por la cual el psicoanalista opera sobre el síntoma. Es una operación simbólica que recae sobre lo real del síntoma, según la fórmula dada por Jacques Alain Miller. Si eso es efectivo es porque, desde Freud, se sabe que un síntoma es el retorno de un deseo reprimido con el cual guarda una conexión simbólica, según una retórica cifrada.

Entendamos previamente que el concepto de síntoma en psicoanálisis parte de un postulado más amplio, ya asumido más arriba: toda actividad humana, toda práctica, así como sus productos están estructurados como un lenguaje, son transcripciones, textos, escrituras, donde los significantes estructuradores no son evidentes sino más bien inconscientes, o como preferiría decirlo Lacan, cifrados.

La representación más difundida del psicoanálisis y del psicoanalista nos muestra la interpretación como algo parecido a una explicación, que muy didácticamente va del analista al analizante. Allí lo que percibimos es una especie de traducción, que da un sentido sexual, edípico, perverso, polimorfo, a una queja, un síntoma, un desarreglo del que el sujeto habla en su sesión. Esto, sin ser enteramente injustificado, es simplemente una caricatura de la interpretación psicoanalítica.

Lacan ha puesto las cosas en claro a este respecto al plantear que la interpretación no es el empleo del lenguaje por la vía del sentido, de un modo adoctrinante o sabio, mucho menos como una orientación de vida. Ella, dice Lacan, es un juego con las palabras, con los equívocos, al modo del chiste, es la vía del significante como tal, liberado de los contextos de sentido, de la representación imaginaria a la que corrientemente se enlaza. La interpretación no se presta a ser compren-



didada, es más bien enigmática, un decir a medias, una cita, que hace resonar para el sujeto la condición equívoca de sus dichos, el malentendido al cual él está fijado. El sujeto hace la experiencia de saber que dice mucho más de lo que cree, pero que por otro lado todos sus dichos giran en torno a cierto agujero de imposibilidad en la lengua.

El psicoanálisis ha elaborado un cuerpo teórico extenso. Las obras de Freud y de Lacan por sí solas dan ya un testimonio de una base sólida, sin contar con aquello que se conoce como la literatura psicoanalítica, salida del conjunto del movimiento psicoanalítico en su historia y en su extensión mundial. Los conceptos freudianos permitirían a todo analista hacer sus hipótesis en el inicio y transcurso de la experiencia con un sujeto que acude. Dichas hipótesis, o construcciones como las llamaba Freud, servirían como una delimitación, un referente, alrededor del cual se van moviendo las interpretaciones. Son suposiciones sobre la experiencia traumática del sujeto, o sea, su encuentro con el goce enigmático del Otro. Freud sostuvo que dichas construcciones debían ser comunicadas al sujeto, como última medida, en un esfuerzo por llenar una laguna mnémica inaccesible por la vía de los recuerdos despertados en el análisis. Bastaría con que la construcción fuera lógicamente congruente con el entorno de recuerdos disponibles, y que por supuesto el sujeto tuviera la convicción de que ese pedazo de historia alcanzado por la vía de la reconstrucción era fácilmente verdadero.

Lacan por otra parte es continuador de otro sesgo igualmente freudiano, aquel que exigía a cada analista poner en suspenso ante cada caso el cuerpo teórico para cuestionarlo íntegramente. En este punto tenemos que hacer presente la declaración lacaniana en el sentido de que el psicoanálisis no es una ciencia sino un nuevo discurso, entre los cuatro que permite la estructura significativa, siendo los otros el discurso del amo, el de la histérica y el universitario, y la ciencia una variación del discurso de la histérica. La posición

ética del psicoanálisis respecto a la responsabilidad del sujeto, en lo concerniente a su síntoma, a su modo de goce, a su inconsciente, a la vía misma por donde dicha posición ética se alcanza, es decir en la vía de un biendecir, según el término de Lacan, todo ello marca una diferencia. Miller afirma que Lacan, en su definición de la lengua, quiere apuntar a un real, a un momento de imposibilidad, para lo cual hace falta liberarse del lastre de toda construcción de saber, de todo sentido.

Perspectivas

Para Lacan el psicoanálisis tiene solo una aplicación en sentido estricto: la que se realiza en la experiencia de un análisis, entre un sujeto que ocupa la posición de analizante y un analista que asume el semblante de un objeto vaciado de sentido, alrededor del cual se van a envolver los tres registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario. Fuera de ese ámbito, al que llamamos la intensidad, está el de la extensión, de la trasmisión y la enseñanza, es el trabajo en el debate de las luces, con los medios que permite el matema y el concepto. No cabe sin embargo esperar del analista que se transforme en profesor, ni mucho menos en un intérprete de la cultura, pues no hay un mal de todos, una verdad universal que muestre la clave del malestar de la sociedad.

Por ello es sólo aproximativa y conjeturalmente que un analista hace su comentario sobre los problemas sociales que se le proponen para su estudio. Referirse a los síntomas, los ideales, las identidades, los conflictos, en una comunidad, es el recurso por el cual demuestra, a otros, los efectos que el psicoanálisis le ha traído a él mismo en la práctica de su decir, en su saber hacer con la lengua en la que él habita.

En este punto es donde nos hallamos, ante una jornada epistémica que sabemos no nos decepcionará, aún si ella nos signifique incalculables sorpresas.